

DISCURSOS DE INAUGURACIÓN DEL PRESIDENTE MARTÍN TORRIJOS, EN EL XIV CONGRESO MUNDIAL DE INCLUSIÓN INTERNACIONAL: Construir un Futuro Incluyente, un Reto para la Globalización”

Acapulco, Gro. 7 de noviembre, 2006

Hace más de un año, mi esposa Vivian y yo adquirimos el compromiso de asistir en calidad de Presidentes Honorarios de este décimo cuarto congreso de Inclusión Internacional.

Como padre de familia, les agradecemos esta distinción, más honrosa aún por ser el primer congreso que se realiza en América, tierra tan cara a nuestros afectos como lo es México.

Y lo es no sólo por los lazos, sino que en lo personal encontramos aquí una permanente disposición de compartir experiencias.

En este sentido, quiero hacerles una confesión para la cual no cuento con la autorización del Presidente Fox, y espero que él sepa disculparme.

Cuando mi esposa y yo vinimos a México, meses antes de asumir la Presidencia, el Presidente Fox y su esposa Martha, desafiando las normas de protocolo, nos brindaron las atenciones debidas de los presidentes en ejercicio pero, sobretodo, nos brindaron sin reservas su amistad.

Así pudimos conocer de primera mano las iniciativas mexicanas –las exitosas y las que no lo fueron- en materia de inclusión. Ello nos permitió repetir en Panamá lo que ya se había probado en México y no incurrir en los errores propios de los que se arriesgan al emprender las transformaciones.

Resulta sumamente satisfactoria la coincidencia de que uno de los primeros actos como presidente electo haya sido un encuentro con el Presidente Fox para tratar las formas de inclusión, y que el mismo tema nos haya unido una vez más en uno de sus últimos actos como gobernante.

Sin ser supersticioso, ello significa, amigo Presidente, que usted y yo, más allá de nuestros mandatos y más bien hasta el final de nuestros días, tenemos el compromiso de luchar con todo nuestro empeño para erradicar toda forma de exclusión.

Este encuentro constituirá, además, un gran estímulo para seguir implementando, desde el gobierno y el despacho de la Primera Dama, políticas inclusivas con participación de significativos sectores de nuestra sociedad.

Cuando se analizan la pobreza y los principales problemas que afectan nuestras sociedades, indefectiblemente surge un elemento común: la exclusión que lacera el tejido social en perjuicio de todos los sectores vulnerables, dentro de ellos, a las personas con discapacidad, sus familias y sus organizaciones.

Basta leer el magnífico informe que ha producido Inclusión Internacional, para percatarnos del panorama global desolador y de las desventajas que enfrentan en su vida diaria las personas con discapacidad. Es un mal pernicioso que debe ser enfrentado y combatido sin tregua, porque sus consecuencias son lesivas a la dignidad humana.

Sí, la práctica de excluir, inadmisibles, discriminatorias, implica negarles a las personas el derecho a realizarse, impedirles el acceso a bienes y servicios, marginarlos del proceso de distribución de las riquezas y silenciar su voz y sus criterios en la toma de decisiones.

Ante la exclusión no caben ni la resignación ni la indolencia, el camino correcto es el de las propuestas. En este caso, las propuestas deben ir acompañadas de compromisos serios de construir un mundo más justo, más digno, más humano. No sólo una frase: la justicia social, la dignidad y la humanización de las relaciones entre las personas y entre los pueblos, es una meta posible. El camino está lleno de incomprendimientos y dificultades, pero no es una utopía.

Asimismo, cada persona, como dueña de su conciencia y de una sensibilidad propia, debe comprometerse con los procesos transformadores para ir eliminando progresivamente todas las formas de exclusión y de injusticia.

Por ello, estimula el hecho de que el tema central de este Congreso se oriente hacia la construcción de un futuro que incluya la concreción de un porvenir sin exclusiones. Ese enfoque resulta estimulante porque hay que actuar siempre en positivo, aunque a veces tengamos la sensación de nadar en cotería de la corriente.

No podemos desmayar, por el contrario, tenemos que persistir en lugar de sucumbir ante la adversidad, redoblar nuestros esfuerzos. Para ganarle a la indiferencia y a las desigualdades acumuladas por muchos años, es preciso conocer y entender las fortalezas y las debilidades de las sociedades donde nos desenvolvemos. Sin esa comprensión integral, corremos el peligro de promover acciones que el conglomerado social no está en capacidad de asimilar o de abstenernos de impulsar para los cuales ya está preparada.

Por eso, promover la inclusión implica que aprendamos a encontrar consensos y a ponernos de acuerdo, buscar consenso para dejar atrás conceptos, actitudes y prácticas que poco o ningún bien le han aportado al desarrollo y a la búsqueda del bienestar común.

Tenemos, como personas, como organizaciones, como naciones, que aprender a construir a partir de las coincidencias, en lugar de continuar acentuando las diferencias y no proponer salidas.

Invito pues a este Congreso Mundial, a crear mayores espacios para promover la inclusión que señale los caminos prácticos y viables que nos permitan iniciar sin más dilaciones, la construcción del mundo mejor con el que hemos soñado.

En la medida en que seamos más y permanezcamos más unidos, podremos lograrlo. En este sentido, el resultado de las deliberaciones será decisivo para fijar el rumbo como personas, como colectivos que debemos urgentemente emprender.

Tengo la certeza de que vamos a mantener en alto el estandarte de la inclusión y que de este encuentro saldremos más fortalecidos para continuar luchando porque nuestras sociedades sean cada vez más solidarias, fraternas y humanas.

Muchas gracias.